

María rebusca en su bolso, en el cual debería encontrarse el número de teléfono de una chica que conocía porque era asidua del café en el que trabajaba.

Se le había ocurrido que quizá ella podría ayudarle, porque cada vez tenía más claro que no podía dejar solo a su hijo con fiebre mientras iba por la mañana a cuidar de una pareja de ancianos, que para ella eran ya como sus propios abuelos.

Y es que estaban tan mayores que eran incapaces de hacerse la comida.

Sus hijos vivían fuera y no se preocupaban en absoluto por ellos.

Deberían irse a una residencia, pero no querían abandonar su casa tras cincuenta años habitándola.

Cuando Miguel no tenía clase se lo llevaba con ella y además colaboraba, igual que hacía en casa, porque le parecía que los niños debían sentirse útiles en lugar de permanecer ajenos a la realidad.

Necesitaba estar pluriempleada ya que con su sueldo de camarera no podía pagar los gastos del niño, los libros, la ropa, la comida y mil cosas más.

Al menos en los lugares donde trabajaba ahora la trataban bien, y eso era lo único que pedía porque su experiencia en otros empleos había sido realmente traumática y demoledora psicológicamente.

Recordar todos y cada uno le produciría una gran fatiga, sobre todo a esas horas de la madrugada, pero aún así trataba de hacer el esfuerzo.

Había empezado trabajando como teleoperadora para una funeraria.

Quizá sonaba a chiste, pero era lo más triste que nadie pudiera imaginar.

La gente, cuando su familiar fallecía, se encontraba absolutamente desesperada, aunque rápidamente se sentían aliviados cuando se les aseguraba que todo quedaría solucionado.

El problema venía luego, cuando llamaban para quejarse porque la empresa aprovechaba que el trato era telefónico para lavarse las manos como Pilatos después de haber incurrido en numerosos fraudes.

Allí se había acostumbrado a que la llamaran zorra, puerca, puta, guarra, furcia, cerda...

Ella no podía hacer nada más que apartar el auricular del oído y sugerirles que en vez de insultarla a ella, que era una simple empleada, demandaran a la empresa.

Por aquella época se sentía como una soldada luchando diariamente en una guerra civil.

Al menos por entonces las cosas iban bien con Marcos, aunque ya había descubierto que su suegra era una verdadera enferma mental, y en parte ahí habían comenzado los problemas.

Lo bueno era que en ese tipo de trabajos tan sórdidos siempre existían compañeras en las que una encontraba consuelo.

Las había simpáticas a rabiarse, especialmente las andaluzas.

Las gallegas eran un poco introvertidas pero de fiar, buenas chicas; y la mejor de todas había sido Melissa, con dos eses.

Qué tía más maja, era un pedazo de pan.

Tal vez como había sufrido tanto en la vida desde que era una niña, no se quejaba nunca por nada.

Siempre sonreía, pero no de un modo cínico como la madre de Marcos, sino con franqueza.

A pesar de no se veían apenas, aún trabajando en el mismo barrio, seguían guardando una gran amistad.

La verdad es que le gustaría verla, quizás le enviaría un mensaje, pero antes tiene que encontrar lo que está buscando, el teléfono de esa chica.

Mario consulta la hora en el móvil.

Necesitaba saberla constantemente, como si se encontrara impaciente por algo que iba a suceder; y es que tenía la sensación de aquel domingo podría llegar a convertirse en uno de los más importantes de su vida.

A través de las redes sociales, al igual que había sucedido en las revoluciones del mundo árabe, miles de jóvenes indignados por la apatía de la clase política se habían unido frente al gran enemigo común: el liberalismo económico.

Al fin había llegado el momento de ver hasta donde la fuerza ciudadana podía llegar. Por eso no podía conciliar el sueño, ya que de aquel movimiento dependía el futuro de la clase obrera española.

La cuestión era que la verdadera ideología de izquierdas que tenían los partidos socialistas fundados en el siglo XIX se había ido perdiendo con el discurrir del tiempo, que todo, excepto el amor verdadero, termina demoliendo.

Precisamente por eso se encontraba tan optimista y excitado.

Se diría que iba a encontrarse con su amada, aunque en esta ocasión ésta era la humanidad.

Él, como el fundador de L'Humanité, un mártir asesinado por tratar de impedir como político la primera guerra mundial, conocía bien los orígenes del socialismo, los cuales se encontraban en la filosofía de Lutero, Fichte, Kant y Hegel.

En cuanto a Marx, su primer paso había sido el de demostrar el ateísmo del filósofo Epicuro, y luego se había trasladado a París, cómo no, cuna de todo pensamiento revolucionario en materia de igualdad social.

Allí había conocido a Engels, alemán como él, y de esta unión había nacido el materialismo económico, una ciencia capaz de garantizar la paz universal y la justicia social.

En aquel gran momento histórico las mentes más brillantes de Francia y de Alemania se encontraban unidas y a la cabeza de una máquina capaz de producir seres humanos plenamente felices.

Se trataba de una ciencia, no de un ideal como el cristianismo.

Aunque su amigo Ángel, más bien un conocido de la facultad, ya que se encontraban siempre en la biblioteca por las mañanas porque eran los primeros en llegar, y a raíz de esos encuentros se pasaban largo tiempo charlando; mantenía que el cristianismo era el hermano mayor del comunismo.

Al parecer había leído una historia de la vida de Jesús escrita por Hegel que le llevaba a afirmarlo, y aseguraba también que el origen de la tragedia cristiana y de la comunista había sido de la misma índole.

Decía que si bien la tiranía católica había tardado algunos siglos en instaurarse, la comunista lo había logrado con mayor facilidad al seguir el mismo patrón, el del patriarcado alienante de origen grecorromano que se nutría económicamente de soldados y esclavos.

Ángel era feminista, además de gay, y en eso no coincidían; sino tan sólo en el hecho de no cesar ni por un momento de trabajar.

Se podría decir que tenía ideas verdaderamente disparatadas.

Mantenía que un obispo de Hispania, que había ido a protestar ante el emperador romano por los errores de interpretación del nuevo testamento cometidos por el poder eclesiástico, habiendo sido ejecutado en Tréveris, podría haberse reencarnado en el autor de El capital.

También aseveraba que la catedral de Santiago de Compostela había sido construída sobre los restos mortales del tal Prisciliano.

Por cierto, hoy he quedado con él, recuerda mirando qué hora es.

Miriam, como siempre tras la descarga eléctrica que suponía el orgasmo, se siente bien consigo misma.

Se notaba tan a gusto y relajada que podría perfectamente irse a dormir, pero no le apetecía porque no eran ni siquiera las tres de la mañana de un sábado por la noche. La gente normalmente a esas horas estaba de copas, y ella antes solía hacerlo con sus amigos todos y cada uno de los fines de semana hasta las seis o las siete de la mañana. Sin embargo luego, cuando todos se enoviaron, la cosa se acabó.

Cuando uno se formaliza, las relaciones amistosas se vuelven secundarias, mientras que el trabajo y la pareja se convierten en la prioridad, razonaba.

Entonces se acordó de su amiga Marta.

Hacía meses que no sabía nada de ella.

La había dejado el novio y estaba deprimidísima.

En realidad ya se encontraba a tratamiento psiquiátrico antes de eso.

Recordaba que lo había conocido en el 2004, porque justo el día de los atentados, qué funesta casualidad, se había ido a vivir con ella, y antes del amancebamiento no creía que llevaran ni un par de meses juntos.

Al principio se veían a escondidas porque él estaba viviendo con otra chica y tenía un hijo, aunque juraría que el niño había nacido cuando ya convivía con ella.

La cuestión es que antes salían juntas los sábados y terminaban siempre bailando en la discoteca en la que Marcos trabajaba de camarero.

También tocaba la batería en un grupo.

La verdad es que era muy mono.

Sin duda estaba orgullosísima de él, y lo exhibía como si se tratara de un trofeo.

Se conocían desde niñas porque habían estudiado en el mismo colegio del barrio de Salamanca y estaban en la misma clase.

Su amiga era la típica niña rubita detrás de la que iban todos los niños, y ella justo lo contrario.

Su tez morena al parecer no estaba bien vista en esos ámbitos sociales ni siquiera en la infancia.

Marta era delicadísima, pero al mismo tiempo tenía su carácter.

Lo cierto es que, como toda amistad, la suya había estado fundada en la mutua admiración.

Su amiga le había confesado años más tarde, cuando ya estaban en la universidad, que lo que apreciaba en ella era su capacidad para enfrentarse a los niños y pelear con ellos.

Pero todo, y especialmente el comportamiento humano, tiene una explicación.

La abuela materna de Marta era una mujer muy dominante, luego su hija se había tenido que doblegar a ella y a continuación había hecho lo mismo con su marido.

Sin embargo su madre, como el que mandaba era el abuelo, había tenido siempre agarrada la sartén por el mango desde que era niña.

Su pobre padre había sido un hombre dominado y maltratado psicológicamente por su mujer, que lo insultaba y mangoneaba sin piedad.

Por ese motivo ella no tenía dificultad para tratar así, ya de pequeña, a los niños, como si fueran peleles.

Marta necesitaba un hombre autoritario, como su padre; aunque por suerte ya quedan pocos así, meditaba.

Marcos parecía tener mucho carácter, sin embargo creía que el hecho de depender económicamente de ella lo había ido minando moralmente.

En el fondo echaba de menos hablar con su amiga y le apetecía llamarla.

Entonces lo hace, demostrándose a sí misma la gran seguridad que posee.

Moncho apaga el despertador que había puesto para las cinco, ya que a las siete empezaba su turno los domingos.

Precisamente en la zona Alonso Martínez, en la que él normalmente trabajaba, era donde más basura se acumulaba porque estaba lleno de bares y la gente tenía la costumbre de beber en la calle.

Normalmente debía recoger montañas de bolsas, vasos de plástico, latas, botellas, tetrabricks, y también los lamentables efectos gástricos producidos por su contenido. Allí en cuestión de basura podía aparecer de todo, pero lo que a él le interesaba, la belleza humana, ni por asomo.

Aquellos consumidores de alcohol en cantidades masivas eran jóvenes procedentes de barrios periféricos de clase trabajadora, lo que significaba no excesivamente favorecida ni económica ni culturalmente, y eso se evidenciaba por sus comportamientos.

No es que fuera clasista, puesto que él mismo procedía de un familia humilde, pero ni en su casa ni en su entorno había visto jamás tales faltas de respeto como las que entre aquellos chicos se infligían.

Se insultaban y gritaban como posesos, como hacían los niños en los colegios, pero en este caso jugaban a ligar.

Para ese juego, las chicas se ponían faldas cortísimas y unos taconazos en los que apenas se sostenían.

También se maquillaban, pintaban las uñas y peinaban como las protagonistas de las películas porno, como si buscaran un polvo rápido en vez de amor.

Al principio, cuando llegaban, ni siquiera se miraban.

Ellos y ellas permanecían en grupitos separados ingiriendo alcohol hasta romper todas las cadenas que arrastraban como fantasmas durante los días normales, siempre acuciados por deberes escolares y morales desde que eran muy pequeños.

La cuestión es que el estrés que padecían, la grasa que comían, y el alcohol que ingerían, mezclado con los azúcares de la Coca-cola, proporcionaban a sus cuerpos y rostros un aspecto verdaderamente desagradable.

Así eran los hijos de los obreros madrileños, que sin embargo carecían de cualquier conciencia de clase, ni de ningún otro tipo.

Le parecían como esas aves de corral criadas en jaulas de las que nos alimentamos ahora, con la carne inflada y mortecina, sin sabor ni color.

Él, que había pasado los veranos en la aldea de sus abuelos en Soria, había visto que en la naturaleza todo posee sentido.

El gallo, con su cresta y su canto, era el que atraía a las gallinas, y no a la inversa.

Pero esos chiquillos carecían de ilustración sobre los aspectos básicos de la existencia.

Y no es que él creyera que el conocimiento sea lo que se encuentra en las bibliotecas ni en las aulas, sino en el diálogo entre los seres humanos.

Incluso los pájaros, a los cuales le encantaba escuchar, mantenían conversaciones entre ellos y con sus polluelos.

Pero al parecer nadie se había molestado en instruir a esos colegiales en los principios básicos del respeto hacia sí mismos y los demás.

Según le habían contado sus padres, hacía más de veinte años que los jóvenes pasaban allí las noches de los viernes y los sábados.

Últimamente el alcalde, que vivía a unos metros, había cubierto la plaza de granito para darle un aire más regio, como si se tratara de una fortaleza horizontal.

Sin embargo, manchas de todo tipo habían inmediatamente mancillado la piedra, que en su sueño se encontraba cubierta de charcos de sangre.

Entonces, para su consuelo, suena de nuevo el despertador.

Marta mira fijamente el teléfono apoyado sobre la mesa de metacrilato del salón. En un estante inferior almacenaba las revistas de moda que compraba todos los meses.

Las leía atentamente y obedecía sus preceptos como si se tratara de la biblia. Su mejor amiga del colegio, con la que precisamente acaba de hablar, trabajaba para una de ellas.

Era redactora jefe, y eso le parecía un puestazo comparado con el suyo, que no había pasado de cajera porque sin duda las finanzas no eran lo suyo.

Si había entrado a trabajar en Caja de Madrid, ahora Bankia, era porque su padre se lo había impuesto aprovechando que conocía a uno de los jefazos.

Era gallego y más machista de lo que nadie pudiera imaginar.

Ella creía que en esa región finisterraquea, por alguna ley antropológica que merecería la pena estudiar, la práctica totalidad eran así.

Galicia, según su etimología latina, debía proceder de gallo.

Así les habían considerado los romanos, al igual que a los franceses, que resultaban también bastante gallitos según su tía, que estaba casada con uno.

Era la mayor de los seis hermanos y había emigrado a Francia cuando era jovencísima.

Su padre, gracias al dinero que ella les enviaba, había logrado ir a la universidad. Allí había conocido a su madre, que cuando se quedó embarazada de ella, dejó de estudiar.

Luego, cuando se casaron, fueron los suegros los que siguieron pagándole los estudios, y así había llegado a convertirse en catedrático de sociología.

Ella le quería, pero tenía que reconocer que era un verdadero tirano.

De hecho estaba convencida de que cuando murieron sus abuelos, a los que su madre estaba muy unida, había decidido premeditadamente construir el chalet en Torrelodones para alejar a su madre por completo de la sociedad.

De joven había sido muy guapa e incluso viajera.

En Londres había estado una vez de soltera, pero aunque no se lo había confirmado, suponía que había ido abortar, porque ya estaba saliendo con su padre, que por cierto no la había acompañado.

Lo que no comprendía era por qué razón los hombres de antes dejaban con tanta facilidad embarazadas a las mujeres, mientras que los de ahora no lo conseguían ni borrachos.

O sería quizá por eso, porque bebían en exceso, fumaban porros, esnifaban...

Ella hubiera sido tan feliz si al menos Marcos le hubiera dado un hijo.

Seis años habían pasado viviendo juntos, y nada.

Al principio la había obligado a ponerse el DIU, y justo cuando se lo quitó, la abandonó.

Pues será por eso, porque no quieren tener hijos ni comprometerse, pensaba.

Además Marcos ya tenía uno, aunque realmente nunca se había preocupado lo más mínimo por él.

Entonces maldecía su suerte.

Sus padres poseían millones de euros en patrimonio, y eso de qué le valía si lo único que quería en esta vida era un niño, pero con cuarenta años aún no lo había conseguido.

Había invertido tanto dinero en la relación que se sentía verdaderamente defraudada. Pero lo que más le dolía aún era el sentir como si le hubieran robado todo el tiempo que había poseído, trabajando toda su vida para nada.

Entonces, con la garganta llena de hiel, mira fijamente el teléfono deseando pedir auxilio.

Marcial está adormilado cuando un sonido familiar le despierta. Era Camarón de la Isla, que lo tenía como melodía en el móvil, ya que el flamenco era su debilidad, por no decir toda su vida, aunque siempre le había gustado muchísimo también el heavy metal.

De hecho si había escogido aquel barrio para vivir había sido precisamente por eso, porque al salir de trabajar podía pasarse por los Bajos de Argüelles y encontrarse en el paraíso escuchando su música favorita.

Aquello, cuando él había llegado, estaba siempre abarrotado. Pero desde hacía unos cinco años la cosa había declinado, porque a los propietarios de los bares les habían obligado pagar una licencia especial, y eso les había arruinado. Lo del flamenco le venía de la infancia, porque su madre tenía familia gitana. De joven no le interesaban ni el cante ni la guitarra flamenca, pero con el tiempo se había ido aficionando, especialmente a cantar.

Como en la casa donde estaba la pensión, la gente que vivía era muy mayor, las vecinas tenían aún el hábito de entonar coplas y canciones populares que resonaban a través del patio, y él se las había aprendido de memoria de tanto oírlas. Luego, poco a poco, por variar el repertorio, había ido recuperando de la memoria las que cantaban sus vecinos cuando era niño.

A su madre, la pobrecita, su padre nunca le había permitido ni cantar ni bailar flamenco con los suyos.

Decía que eran unos malnacidos, y unos vagos. Él era albañil.

Siempre llegaba a casa sucio y malhumorado. A él le parecía que de nada servía trabajar para acabar así, por eso había dejado de estudiar, para no convertirse en un amargado.

Lo único que quería con dieciseis años era una cazadora de cuero como la que llevaban los heavies, los tipos duros por fuera pero tiernos por dentro, que pensaban en melodías, como los antiguos trovadores, en vez de dedicarse a fastidiar al prójimo. Como su padre, cuando le pidió dinero para la chupa, le propinó una paliza con su cinturón, entonces se fue de casa.

Ahora se daba cuenta de que había hecho lo que él quería, para que así su mujer sufriera aún más, como si no tuviera bastante con los insultos y las humillaciones que sufría a diario.

Seguro que su maldito progenitor hubiera deseado que se volviera yonqui, pero, eso sí, de milagro, no lo consiguió.

Al llegar, en plenos ochenta, la heroína estaba tan de moda que era difícil no caer en la tentación.

Sin embargo aquella serpiente del paraíso, aún tras su picadura, no consiguió condenarle.

Tampoco lo logró el alcohol, y ni siquiera las mujeres.

Había algo dentro de él que le hacía permanecer inmune al vicio. Él creía que esas cosas eran innatas, que el que nacía ladrón, mentiroso o violento, había que aceptarlo como era, y en todo caso poner límites a sus instintos, como en el caso de los políticos.

Para él ellos eran los verdaderos malnacidos, y no los gitanos, y menos los que llevaban dentro el mayor arte que ofrece la naturaleza a algunas especies, la canción. Él, si tenía un vicio era ése, el de cantar como los pájaros.

Y también le gustaría volar como ellos, y construir un nido en un árbol de aquella calle en la se encontraba su hogar.

¿Quién me llamará a estas horas?

Muriel no puede dormirse, y para colmo su novio seguía levantado. Le escuchaba caminar por el salón-cocina del apartamento que compartían cerca del museo del Prado, el lugar favorito de él, que por una extraña razón era adicto al arte. Le había contado que de pequeño, cuando había visto una pintura del siglo XVII escondida en el garaje, le había impresionado de tal manera que desde entonces observaba cada pincelada como si tuviera un infinito valor semiótico. Pero ella, que desde pequeña había ido al psicoanalista, tenía otra teoría diferente. Pensaba que como habían encarcelado a su padre varios años justo en la época que él atravesaba su fase edípica, se había sentido el responsable de la desgracia familiar. Entonces, al hacerse mayor, el cuadro que envió a su padre a prisión cobró la dimensión fantasmática de un superyó. Lo cierto es que lo suyo con la pintura le parecía una enfermedad. Podía vivir perfectamente sin hacer otra cosa que mirar un cuadro. Hombre, ella estaba de acuerdo en que eran bonitos, pero sin más, como podía serlo una pulsera, unos zapatos, o un vestido. Claro que antes del invento de la fotografía aquello suponía la única manera que existía de representar e inmortalizar el presente. Y todo el que podía, lógicamente, se hacía retratar. Los reyes, por ejemplo, tal como mostraban los cuadros del museo del Prado, tenían trabajando a sus pintores años y años para lograr ser inmortalizados con la mayor solemnidad. A ella esas imágenes no le parecían diferentes de las que ahora veíamos en el televisor. Lástima que no pudiera compartir con él su pasión pictórica. Él mantenía que la pintura era como la poesía. Por cierto, ésa era otra cosa que ella no entendía. Las canciones, con sus estribillos, rimas y todo eso, le parecían lo más poético que uno podía escuchar. En ese caso también tenía la teoría de que antes de existir los discos, como no todo el mundo es capaz de cantar, la gente se conformaba con leer y aprenderse de memoria poemas románticos. Y hablando de romanticismo, se decía, hay que ver cómo me besó Maurice. Aquel amigo suyo, que conocía desde que eran niños pues sus padres tenían una casa en Niza justo al lado de la suya, llevaba años detrás de ella. Recordaba que antes de empezar a salir con Manu, el otro ya le tiraba los tejos. Pero por entonces no sólo no le gustaba, sino que le repugnaba su cuerpo regordete y blanducho. Sin embargo, a medida que pasaba el tiempo, quizá debido a que viajaba por todo el mundo, se estaba poniendo cañón. En el fondo sospechaba que había pedido ser trasladado a Madrid para estar cerca de ella, puesto que le parecía demasiada casualidad que le destinaran allí justo al mes de haberle dicho que vivía en esa ciudad. Luego estaban las fiestas, una cada sábado. Resultaba evidente que no reparaba en gastos. Cada vez había más chicas, pero él sólo la miraba a ella. Por una parte lo comprendía, ya que las españolas, por guapas que fueran, carecían de estilo y refinamiento, resultando tan burdas que comprendía que su amigo no deseara en absoluto a una mujer de ese tipo. Chicas así estarían bien para liarse con ellas una noche, razonaba. Cuanto más piensa, menos sueño tiene, como si ambos estuvieran enfrentados.

Modu se siente pletórico de contento.

Como siempre, tras haberse acostado con las gemelas, se consideraba el hombre más dichoso del universo.

Eran guapas, jóvenes, inteligentes y divertidas.

Ponían música africana, cantaban y bailaban.

Luego se desnudaban y besaban.

A continuación hacían lo que ellas llamaban el bocadillo de chocolate.

Les encantaba el chocolate y no paraban de comerlo.

En el envoltorio del que compraban en una tienda de comercio justo aparecía precisamente la fotografía de un negro.

Él, para hacerse el gracioso, ya que el sentido del humor le parecía el más necesario para sobrevivir en el mundo humano, insistía en que prefería el blanco.

Sin duda los propietarios de esa marca habían dado en el clavo encontrando una buena

metáfora.

Cuando ya tenía más confianza con ellas, se lo había comentado, y entonces cayeron en la cuenta.

Realizar ese tipo de asociaciones le resultaba muy sencillo porque el mundo civilizado

estaba repleto a rebosar de cosas por el estilo, especialmente la publicidad.

Cuando querían vender una cosa, te ofrecían otra, casi siempre la misma, aquello de lo

que la mayoría más carecía.

El hecho de proceder de una civilización completamente diferente podría convertirle en un magnífico antropólogo de la nuestra.

Para él todo estaba clarísimo, por una parte se encontraba lo real y por otra lo ficticio, simbólico, o como se le quisiera llamar.

Para su opinión, aquí la gente vivía sometida a la necesidad de aparentar.

La prueba eran los coches.

No es que a él no le gustaría tener uno, o una moto, pero creía que no era necesario.

El metro y el autobús resultaban mucho más económicos y prácticos para vivir en la ciudad.

Lo cierto es que mucha gente se desplazaba desde barrios muy alejados, pero casi todos ellos estaban bien comunicados por tren o autobús.

El que la mayoría poseyera un vehículo propio le parecía un claro ejemplo del abismo entre las necesidades reales y las creadas artificialmente.

Luego estaba la cuestión de las marcas, que al parecer resultaba crucial en el caso de los pantalones vaqueros.

Si los italianos triunfaban en cuanto a la guerra comercial que Levi's había iniciado,

los alemanes se hallaban ganando la que llevaba a la gente a arruinarse para luego

pasarse horas encerrado en sus búnkeres-tanques, haciendo además de las ciudades un campo de batalla donde la gente tenía que combatir hasta para comunicarse con la

persona que tenía a su lado en la calle.

Al parecer en las ciudades africanas era aún peor, pero allí no existía una magnífica red de transportes, sino taxis viejísimos compartidos, casi todos Mercedes viejos traídos de Europa que echaban muchísimo humo.

Y todo porque al lado del coche aparecía un bomboncito, como si al comprar uno, el otro viniera de regalo.

Para su fortuna, en esta sociedad el bombón era él, con lo cual no tenía que preocuparse por nada.

Así que ahora, con el alto y el bajo vientre saciados, se dispone a dormir en la habitación compartida donde esa noche se siente dichoso.



Mónica camina hacia Alonso Martínez tras haberse terminado la fiesta a la que había ido con su amiga Manoli, que cogerá allí el metro para volver a casa.

El anfitrión y dos compañeros de trabajo de éste las siguen.

Sin duda querían ligar, como todos, especialmente un sábado por la noche.

A ella le hacía mucha gracia ese comportamiento humano tan animal.

No es que se riera del instinto sexual, ya que no le parecía ninguna broma, sino que le asombraba que durante toda la semana pudieran reprimirlo de un modo rotundo, mientras que en esas circunstancias llegaran incluso a parodiarlo.

Se imaginaba que eran perros siguiendo a las hembras por el olor de la entrepierna y que en cualquier momento levantarían la pata y marcarían territorio, ya que el mayor desenfreno de los machos jóvenes consistía en eso, en dejar las fachadas del centro cubiertas de orines.

Así, tras haber ingerido litros de alcohol, volvían a casa contentos de haber podido sacar la chorra en plena calle desafiando el orden público y moral.

Cuánta represión sufrimos, y así estamos, que llegamos a los treinta solos, sin trabajo, y ni nos quejamos.

Y hasta ella misma debía reprimirse porque por una parte sentía la lógica necesidad de interactuar con aquellos tres chicarrones que las seguían como hipnotizados, aunque

por otra conocía demasiado bien ese tipo de situaciones.

Estaba segura de que cualquiera de ellos aprovecharía la mínima ocasión para tirársele

encima, llevarla a su casa y ofrecerle un sexo completamente insidioso.

Luego roncaría como un cerdo, y por la mañana se mostraría distante.

Algunas veces, tratando de dejarse llevar por su desbordante imaginación, había pensado que al desnudarse y abrazar a un ser del sexo opuesto, a ambos les brotarían alas pudiendo elevarse y volar juntos, como en los sueños, a través de hermosos paisajes.

Sin embargo su experiencia le aseguraba que lamentablemente no era así, que la pasión amorosa resultaba un lujo al que muy pocos tenían acceso.

Antes, cuando se mantenían relaciones castas, al menos durante el noviazgo la gente podía soñar con un amor de dimensiones extraordinarias.

Aunque aquel fue únicamente otro modo de represión sexual que condujo a las parejas

formales a esperar varios años para acabar realizando un acto sexual anodino, y que tan sólo conducía a procrear.

Y así, tanto los matrimonios como las parejas informales, acababan practicando el sexo con desidia, como si toda mujer, incluso la esposa abnegada, no fuera más que una prostituta gratuita.

Precisamente por eso no quería tener novio, porque ese tipo de relaciones amorosas, por llamarlas de algún modo, no le interesaban en absoluto.

Al menos había conocido el amor con mayúsculas en París durante su año Erasmus.

El problema era que él estaba casado en su país, Norteamérica.

Se habían conocido en una fiesta en la Ciudad Universitaria y el flechazo había sido fulminante.

Ella había sentido por él una atracción tan inmensa como la que deben experimentar los astros, la cual provoca no sólo mareas, sino grandes cataclismos.

Poco había estudiado ese año, pero le parecía que había sido el único momento de su vida en el que no había perdido el tiempo.

Lo que más le gustaba de él era su sensibilidad para la música y la pintura.

Juntos habían visitado todos los museos de la ciudad, e incluso habían estado en la ópera viendo una representación del Don Juan de Mozart.

Por cierto, aquellos tres aprendices de Tenorio les siguen todavía.

Mohamed trata de despertar a su mujer, ya que pensaba que un hombre casado y serio como él, no podía dormirse sin descargar su energía libidinal.

Con tanto destape primaveral, el deseo se multiplicaba de un modo asombroso, convirtiéndose en un monstruo que se le metía dentro y había que sacarlo como fuera. Por eso comprendía que aquí hubiera tanta gente con la necesidad de acudir al psicólogo.

Y es que nada hay peor que quedarse con ganas de eyacular, meditaba.

Bien podía masturbarse, pero eso no estaba bien visto por las leyes de su cultura ni de su religión, y además le parecía deshonesto.

Él era creyente, y su religión le había enseñado que el cuerpo era un instrumento que debía satisfacer al espíritu, lo trascendental, patrimonio de la divinidad.

De lo que se trataba en esta vida no era simplemente de gozar, sino que el goce estuviera encaminado a servir a Dios, y no al egoísmo de cada cual.

Según eso, los que empleaban las partes nobles de su cuerpo únicamente en su beneficio eran estigmatizados por la propia divinidad para advertir a sus congéneres del peligro que entrañaban.

Por eso a los onanistas se les ponía el culo gordo y el cuerpo flácido.

Aunque en el caso de las mujeres, que la abstinencia sexual provocaba los mismos síntomas, se consideraba hermoso; al menos cuando aún eran jóvenes.

Sin embargo, para desafiar las leyes supremas, las sociedades altamente pecadoras estaban repletas de gimnasios.

Pero los músculos artificiales le parecían rígidos como los de un muerto, mientras que los de aquellos que practicaban regularmente el sexo con su pareja semejaban fuertes y elásticos, pues esfuerzo y goce iban unidos.

En definitiva, como aquello del placer sexual no compartido se trataba de un juego sucio en el que él no pensaba caer, y menos teniendo una mujer, la cuestión era despertarla.

Lo cierto es que estaba desesperado pues esa tarde se había pasado por la tienda una chica que casi le mata de ansia por estrecharla entre sus brazos y hacerle el amor salvajemente.

De hecho él vendía pantalones hippies porque sabía que eran los preferidos de las culonas con piernas largas, sus favoritas, aunque no solían tener mucho pecho.

Pero en este caso se había tratado de una deliciosa excepción.

El problema de ponerse las botas, especialmente los sábados, era que necesitaba luego bajar la fiebre producida por ese virus que se encontraba siempre latente en su entrepierna.

Pero ahora, desde que en el supermercado donde trabajaba su mujer les había dado por abrir los domingos, andaba agotada porque ya que no descansaba ni un solo día a la semana.

Eso le parecía otra terrible transgresión de las leyes divinas, y que atentaba gravemente contra el espíritu de los seres humanos subyugados a las mercancías.

Y es que las grandes empresas eran así, se comían a las pequeñas y exprimían a sus empleados hasta consumirles la salud con el fin de volverse cada vez mayores, como si quisieran elevarse hasta el cielo a través de la materia.

Él le había propuesto que lo dejara, pero debido a la gran amenaza que suponía la cifra de cinco millones de parados, ella no quería arriesgarse.

Pero si la cosa sigue así, lo que va a perder es al padre de sus hijos, considera un tanto airado.

Si no se despierta tendré que salir a buscarme a otra, porque ante todo soy un hombre como manda Alá.

Melissa se sueña bella, envuelta en velos de seda que acarician suavemente su piel. Magníficos dibujos de henna recorrían sus brazos representando formas florales y geométricas que no dejaban de maravillarla.

La iconografía árabe le fascinaba porque decoraban los espacios domésticos como si se tratara de templos.

Cada simple objeto llevaba impresa la marca de esa fascinante cultura, mientras que en la suya el plástico lo había invadido todo.

Cuando era pequeña tenía un vasito azul por el que bebía y que le gustaba mucho porque se trataba de algo que le pertenecía en exclusiva, aunque cuando habían llegado a España se había dado cuenta de que por él el agua y la leche sabían fatal en comparación con los de cristal.

El olor tóxico del recipiente por el que había malbebido los cinco primeros años de su vida hacía que ahora le produjeran una aversión terrible las tiendas regentadas por chinos, y todas aquellas en que vendían los productos fabricados por ellos.

El mundo del plástico le resultaba falso y malvado, como el Mickey Mouse que tenía estampado su vaso azul.

Cuando era niña consideraba a aquel personaje uno más de la familia ya que se encontraba impreso en toda su ropa, incluso en sus braguitas.

Sin embargo, tras la ruptura de su padres, su inconsciente había demonizado a aquel ratón que en sueños se burlaba de ella.

Por esos motivos tan personales, aunque para muchos los Estados Unidos pudieran representar una especie de tierra prometida, para ella se trataba de todo lo contrario. En el 2003 había por las calles de Madrid una pintura de Aznar con orejas de Mickey que le encantaba porque también veía así a Bush junior, considerando la guerra en la que ambos se habían involucrado como el ciego afán por el petróleo de una cultura altamente tóxica.

La árabe, sin embargo, le fascinaba.

Le encantaba la danza del vientre, la gastronomía, la decoración...

Todo le parecía tan bello como los rostros de las mujeres árabes, las cuales se maquillaban haciendo de los ojos verdaderos cuadros.

Y es que la mirada representa una obra de arte pues sirve de vía de comunicación entre las almas.

El tema del velo le parecía controvertido, la verdad, pero a ella no le incumbía ya que no se había convertido a la religión musulmana por el momento.

Había que reconocer que en nuestra cultura el cabello tenía también una importancia crucial, ya que la clase social podía adivinarse por la cantidad de mechones y laca que una se pusiera encima.

En su caso había comenzado a cubrir las canas con henna que su marido traía de Marruecos.

Siempre, desde que era niña, había tenido una melena preciosa.

Aunque había sobrepasado los treinta, intentaba mantener su pelo sano y brillante, ya que para ella simbolizaba su bienestar físico y moral.

A pesar de que trabajaba muchísimo, era feliz porque amaba a su marido y adoraba a sus tres hijos.

En su sueño, cuando su cabello estaba siendo cepillado por mujeres con el rostro velado, sintió como si se produjera un terremoto.

Las paredes de la habitación se derrumbaban y su marido la llamaba a gritos con una voz realmente angustiada.

Trata de despertarse para ir a rescatar a sus hijos, pero inmediatamente se siente atrapada por un delicioso sueño del cual es incapaz de escapar.

Momo ya ha terminado su jornada de trabajo artístico sin incidentes y se dirige a Alonso Martínez, donde ha dejado la bici.

Está contento porque ya ha habido gente que le ha felicitado por el estencil, aunque no cree que vaya a tener tanto éxito como el que había hecho en el 2003 en el que aparecía el marido de la concejala con orejas de Mickey.

En ese caso quedaba muy claro el mensaje, el de la invasión cultural y bélica que de la segunda guerra mundial nos conducía a una tercera como si de un juego de niños se tratara.

Lo que más le satisfacía de salir a pintar en la calle era el hecho de poder comunicarse con la gente y saber lo que opinaba.

Respecto al tema de la intoxicación del aire en la ciudad, hubo al menos veinte personas que esa noche reconocieron haber pasado por el mismo suplicio durante los últimos meses.

Sin embargo, como la comunicación era unidireccional, los periodistas no tenían la libertad de expresar lo que realmente sucedía, y un grave problema de salud pública como aquel había permanecido silenciado.

Consideraba que aparte de los blogs y las redes sociales, apenas existía una legítima vía de comunicación capaz de expresar la verdadera opinión ciudadana.

Él lo sabía porque trabajaba para una revista femenina, que le parecía una de las más alienantes de todas; pero no tenía otra alternativa, pues no existían tantos puestos de trabajo para un diseñador gráfico como le gustaría.

A los que poseían la fuerza de trabajo como él, jóvenes con ansias de crear, no les quedaba más remedio que servir a los poderosos para ganarse el pan.

Antes no había tampoco mucho donde elegir, y ni siquiera existía el diseño gráfico, pero al menos uno podía establecerse como autónomo y vivir con desahogo.

Sus padres tenían una librería y durante décadas habían realizado honestamente su labor de difusión de la lectura en el barrio.

Aunque ahora estaban a punto de cerrar porque todo se había vuelto impersonal, y las nuevas generaciones de vecinos, guiados como los corderos por la publicidad, se dirigían a comprar a los grandes como el Fnac.

Lo mismo había pasado con todo tipo de mercancías como la ropa, la comida, los muebles...

Cómo no iban a cerrar las tiendas de los barrios si el mundo se había convertido en patrimonio de las multinacionales y los países estaban gobernados realmente por ellas.

A su modo de ver el mundo se dirigía hacia una dictadura económica controlada por un mafia política que a su vez debía obedecer a la publicidad, de la cual se nutrían los medios de comunicación que guiaban a las masas.

Por eso le parecía que lo más lógico para el mundo entero, especialmente los países desarrollados, sería comenzar a pagar de una vez la tasa Tobin antes de que la mitad de la población se quedase en la ruina a causa de tanto monopolio económico.

Por ese motivo hacía años que pertenecía a Attac.

También era miembro de Pedalibre, y esperaba la manifestación del día siguiente como agua de mayo.

Desde joven tenía conciencia social, y el derecho a respirar le parecía fundamental.

Quizá el haber vivido en Berlín, donde había estado de Erasmus cuando estudiaba Bellas Artes, le había abierto los ojos sobre la situación en su propio país.

Allí se había aficionado a la bici, y aunque sabía que arriesgaba su vida, luchaba cada día por poder ir a trabajar en ella.

Como tenía un amigo que trabajaba en un bar en Alonso Martínez, se plantea si irse a casa o pasarse a hacerle una visita.

Marisa se siente orgullosa de su labor social, ya que se había dedicado por su cuenta a dar a conocer el banco de tiempo del barrio, y una mujer que necesitaba urgentemente que alguien cuidara de su hijo la había llamado.

A pesar de que acababa de quedarse dormida, el hecho de que la tal María no hubiera dudado de su benevolencia a la hora de pedir ayuda, era lo que más le había gustado, porque significaba que ella también era capaz de ofrecerla.

La vida es así, siempre necesitamos el apoyo de los demás, mientras el dinero apenas soluciona más que la cuestión de la supervivencia, y para eso no en circunstancias adversas.

En cuanto alguien enfermaba de nada le servían las propiedades materiales, y entonces la gente se daba cuenta de que había perdido su tiempo, aunque en muchos casos era demasiado tarde.

Para ella la vida no era más que cuestión de tiempo y movimiento.

Había dos modos de vivirla, bien con autonomía y libertad, o bien inmovilizados y vendiendo nuestro tiempo vital a cambio de un sustento como en los tiempos más oscuros de la humanidad.

En el fondo le parecía que poca diferencia existía entre el feudalismo y el capitalismo, ya que ambos consistían en una servidumbre absoluta.

Básicamente la diferencia radicaba en que ahora los cuerpos de los esclavos se encontraban limpios y bien alimentados.

Pero los siervos de la gleba actuales no se conformaban con comer y ducharse, sino que la sociedad de consumo les obligaba a acicalarse de los pies a la cabeza, como si el hecho de parecer soberanos les convirtiera en uno de ellos.

La moda, por ejemplo, le parecía un arma más del dominio ejercido por el poder para subyugar a las masas.

Ella, que se vestía con la ropa que compraba en un puesto del rastro a un euro, sabía que se podía prescindir de ir a la última para vivir.

En cuanto a cremas, nunca le habían hecho falta ya que su piel era perfecta.

Ni siquiera había tenido acné durante la pubertad, aunque eso lo achacaba a que a los quince años había comenzado a hacer el amor con su profesor de latín, y quizá por eso su piel no había tenido la necesidad de sobreengrasarse para atraer sexualmente.

Las arrugas, otra gran fobia irracional de nuestro tiempo, le parecían hermosas.

Su apariencia, por cierto muy buena, no le preocupaba en absoluto porque vivía centrada en cuestiones ajenas a sí misma.

Sin duda la maldición del espejo mágico se trataba de una trampa que finalmente convertía a las personas en seres tan odiosos como la bruja del cuento.

Pero en la actualidad los príncipes se encontraban tan aletargados que las princesas se hacían viejas antes de que uno de ellos la hubiera besado con el ardor suficiente para liberarla de los pesares de la cenicienta moderna.

Así las bellas vagaban por un lado y los bestias por otro sin encontrarse, pues se habían vuelto ciegos para lo esencial.

Además mantenía que esta ceguera narcisista provocaba a nivel metafísico que el verbo parecer se encarnara en el ser haciéndolo perecer.

Y así se aniquilaban todas las cualidades humanas que entrañaban bondad, como el idealismo, el sacrificio, la dadivosidad o la abnegación; mientras la maldad en todas sus formas se adueñaba del género humano sin piedad.

En este caso, ya que nadie le pagaba por difundir la existencia de los bancos de tiempo, y ni siquiera lo registraba como una labor que pudiera ser recompensada mediante algún otro servicio, se siente como un caballero que acaba de enfrentarse a la vileza y adquirido un gramo más de nobleza para atesorarla en su corazón.

Manu acababa de discutir con su novia y se siente al fin sosegado.

Resulta que ya no estaba satisfecha, porque cada vez hacían el amor con menos frecuencia, como si aquello fuera una obligación.

Y lo peor es que él lo percibía como si así fuera.

Hacía años que estaba teniendo la sensación de haberse convertido en un esclavo sexual, y aquella preciosa noche de primavera le parecía el mejor momento para romper con esa condena.

Al parecer, mientras él se había ido al baño, ella se había levantado y leído el poema que contenía el nombre de la destinataria.

Y es que Mónica le sonaba a poética aristotélica, república platónica, estética kantiana, y a simpática.

En el fondo consideraba aquello como un golpe de gracia del destino justo cuando estaban a punto de abandonar la capital española para regresar a París.

Allí habían vivido antes juntos cinco años que no habían estado mal, pues gracias a ellos pudo pasar todo el tiempo que quiso visitando sus templos favoritos, el Louvre y el museo de Orsay.

Sin embargo intuía que aquel no sería el lugar donde transcurriría el resto de su vida, y ni siquiera en Francia, pues había algo en la sociedad de su país que le disgustaba profundamente, aunque no sabría decir lo que era.

Bueno sí, que se había vuelto terriblemente burguesa.

Su novia era el ejemplo, aunque había casos mucho peores.

Ella al menos podía permitirse consagrar su vida al consumo, pero el que los hijos de los obreros emplearan todo su tiempo libre en ir de compras, en lugar de dedicarse al amor y la cultura, le parecía una atrocidad.

Por una parte comprendía que el conservadurismo fuera una cuestión de la edad, lo cual explicaría que incluso aquellos que habían participado del mayo del 68 se hubieran vuelto terriblemente conservadores.

Sin embargo le parecía que había algo más, porque afectaba también a los jóvenes, que independientemente de su clase social llevaban una vida tan gris y aburrida como si fuesen ancianos.

A las chicas, como síntoma de esa tristeza colectiva, les había dado por quedarse esqueléticas y vestirse de luto.

Al menos en España todavía quedaban mujeres capaces de llevar vestidos de flores sin miedo a mantener su esencia colorada en tanto que carnal.

Miedo, ésa era la palabra.

Pero él no tenía ninguno.

Por ese motivo se dedicaba a leer todo lo que le daba la gana y a meditar, sin importarle lo más mínimo aprobar la oposición para profesor de lengua y literatura.

¿Miedo a qué?

¿A estar vivo, luego a morir?

Tras sus reflexiones, volvía a escribir imaginándose muerto de placer entre los brazos de aquella española vestida de rosas con olor a clavel.

Precisamente la nacionalidad de su rival había sido lo que más le había dolido a su novia, que creía que por llevar la denominación de origen francesa, como el champán, podía considerarse superior.

Como si aquello no se tratara de otro engaño, al igual que el de las marcas, para volverse insensible frente al prójimo y vivir ajeno a la realidad.

Lo cierto es que durante años se había sometido a unas creencias burguesas que le parecían estúpidas, pero ya no pensaba continuar soportando aquella tortura.

Y al fin, los nervios que le devoraban han desaparecido.

Malaika lee la mano de una compañera de trabajo de origen Nigeriano con el fin de ganarse poco a poco su confianza, ya que el hecho de poder creer en alguien le parecía

lo más valioso del mundo, y era lo único que le interesaba en su relación con los demás.

El dicho de que el roce hacía el cariño le parecía cierto, aunque había amores que mataban, por eso se encontraba allí tratando de salvarle la vida a las prostitutas. Básicamente por ese motivo había comenzado a travestirse, y al final le había cogido el gusto, porque uno a todo se acostumbra.

Su familia y los compañeros de la facultad no lo sabían, ni falta que hacía.

Tan sólo estaba al corriente Marisa, una amiga suya, dado que su espíritu era los suficientemente abierto como para comprenderle.

Aunque mucha gente se consideraba tolerante, muy pocos lo eran realmente.

En principio todo estaba permitido en cuanto al sexo, pues la norma había cambiado, pasando de suponer algo totalmente privado a un espectáculo público.

Años atrás a nadie se le hubiera ocurrido que un hombre pudiera pasearse vestido de mujer, y qué mujer, por el centro de la ciudad.

Pero toda aquella parafernalia representaba para él una especie de burla pantagruélica.

El hecho de llevar aquel disfraz y que a todo el mundo que pasaba a su lado, incluida la policía, le pareciera normal, significaba que la cosa estaba muy mal en cuanto a imaginario sexual.

Por ello, con gran aplomo, se paseaba por las noches por el corazón de la ciudad con su traje de vinilo rojo.

En invierno lo llevaba de manga larga y en el verano de sisas, pero con el cuello alto, porque no pensaba introducir en su cuerpo balones de silicona, faltaría más.

Eso le hubiera gustado a sus clientes, pero él no trataba de satisfacerlos, sino de castigarlos tal como se merecían.

En un sostén de la talla cien, se metía una bolas de navidad, rojas, eso sí, que le hacían

sentirse un nuevo redentor de la humanidad.

Las piernas, como las tenía bonitas, podía enseñarlas, aunque siempre las llevaba cubiertas por medias tupidas porque la depilación le parecía una tortura.

Con afeitarse la barba y en verano las axilas tenía bastante.

Luego estaba lo más importante, el maquillaje.

Cada noche se pasaba al menos una hora mirándose al espejo con sonrisa de Mona Lisa hasta que lograba convertir su rostro en el de una geisha occidental.

Tras una fachada de falsedad absoluta, se parapetaba con el fin de lograr que las vendedoras de su propia carne le confiaran sus problemas, que sin duda habían de tenerlos para estar allí expuestas como mercancía.

Por mucho que parecieran muñecas de plástico, como él mismo, también tenían un alma, aunque bien oculta y sin atreverse ni siquiera a pedir ser socorrida como la de aquellos que acudían en masa a las consultas de los psicólogos aquejados de una terrible angustia.

Detrás de aquellas mujeres tan amables, que obedecían las demandas del primero que las solicitara, había casi siempre una amenaza de muerte que pesaba no sólo sobre ellas, sino también sobre el resto de su familia.

Si procedían del este de Europa, donde un materialismo atroz había aniquilado toda espiritualidad, de nada valía tratar de ayudarlas, pues no sólo habían perdido la fe, sino nacido ya sin ella.

Sin embargo las africanas, como eran terriblemente creyentes, tenían esperanza de salvarse; y eso era precisamente lo que le estaba asegurando a aquella menor, cuando se les acerca el marido de su hermana.